«No volví á saber de Victoria; el tío no admitió explicaciones; toda la familia se puso de su parte; ni siquiera mi hermano quiso mitigar mi desgracia, y hasta después de la muerte de mi tío, cuya herencia fué sólo para él, me trata con desprecio como á un miserable calavera. Sin embargo, puedo jurar que desde aquella noche, nunca, nunca, nunca he tenido el menor desliz amoroso. Hay situaciones que no se olvidan...»

—¿Y por qué frecuenta usted este sitio?—preguntó Patissot con sumo interés.

Y el otro, cuando hubo abarcado el horizonte con una escrutadora mirada, como si temiese que alguien le oyera, murmuró aterrado y dolorido:

-¡Huyo de las mujeres, caballero!



MAGÍNANSE muchos poetas que la mujer es el principal ornamento de la vida, y sin duda, por esta razón, la comparan á todo lo florido y perfumado, llamando á nuestra imprescindible compañera, rosa, lirio, clavel, etc., etc.

El ansia de ternura y sentimentalismo que se apodera de nosotros al atardecer, cuando el velo de la noche principia lánguidamente á flotar sobre los horizontes lejanos, y cuando todos los aromas y el vaho de la tierra nos embriagan, se traduce de ordinario en impropias manifestaciones líricas. Y el señor Patissot, como todos los mortales, también sintió ansias devoradoras de ternura, de caricias

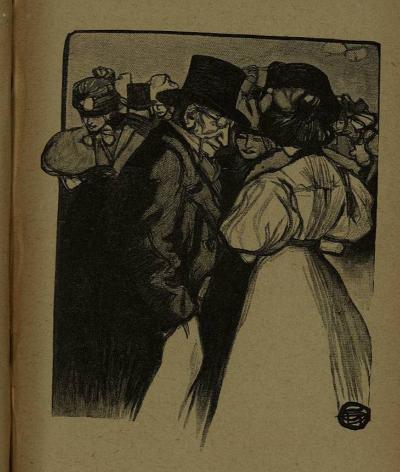
prodigadas y recibidas en las revueltas de los senderos, á los oblicuos rayos del sol, con las manos de una mujer entre sus manos.

Entreviendo el amor como un deleite sin límites, en sus horas de fantasía y ensueños delirantes, consagraba su agradecimiento al Creador, que puso tales encantos en las caricias humanas. Pero, no sabía dónde hallar la compañera indispensable. Aconsejado por un amigo, fuése á un café cantante. Allí había muchas, y para todos los gustos; faltaba sólo elegir. Pero, encontrábase algo cohibido para decidirse, porque las ansias de su corazón eran sobre todo arrebatos poéticos, y la poesía no era sin duda la preocupación de tales hembras con los ojos cercados, y que sonreían de una manera perturbadora luciendo la blancura de sus dientes.

Al cabo, se decidió por una joven debutante de aspecto pobre y tímido, cuya mirada triste—síntoma de una enfermiza naturaleza—no estaba en absoluto exenta de poesía melancólica.

La citó para el día siguiente, á las nueve de la mañana, en la estación de Saint-Lazare.

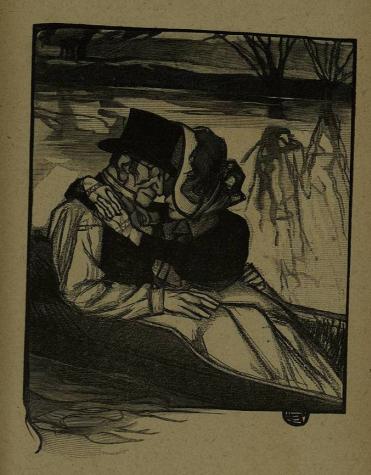
Ella no fué, pero tuvo la delicadeza de hacer que fuera en su lugar una de sus amigas.



Era una moza rubicunda, vestida patrióticamente con un traje tricolor, y llevaba un sombrero-túnel desmesurado, en el cual ocupaba la cabeza el centro. Quedóse Patissot un poco desconcertado, pero aceptó la substituta. Y tomaron billetes para Maisons-Laffitte, acudiendo al anuncio de las regatas y de unas grandes fiestas venecianas.

En cuanto subieron al vagón—ocupado ya por dos caballeros respetables y tres señoras que deberían ser, por lo menos, marquesas, á juzgar por su empaque—la moza rubicunda, que dijo llamarse Octavia, le instruyó á Patissot, con entonaciones de loro, de su mucha bondad y sencillez, de sus aficiones campestres y del goce que sentía correteando por las praderas, donde se cogen florecillas y se comen fiambres; y riendo, con una risa tan aguda que hacía estremecer los cristales, á punto de quebrarlos, le llamaba familiarmente á su compañero: «Chacho mío».

Avergonzábase Patissot, al cual obligaba mucho á ser decoroso y reservado, su posición oficial. Pero, afortunadamente, Octavia se contuvo, y miraba de reojo á sus compañeras de viaje acometida por el deseo—que sienten con frecuencia las infe-



lices pecadoras—de trabar conversación con las mujeres respetables. A los cinco minutos, creyó haber discurrido un pretexto, y sacando un número del *Gil Blas* que llevaba en su bolsa, lo presentó

finamente á una de las viajeras, ofreciéndoselo con mucha cortesia. La señora, estupefacta, negóse á tomarlo, con un gesto duro. Entonces la moza rubicunda, un tanto herida en su amor propio, comenzó á disparar insinuaciones y frases de doble sentido, hablando en alta voz, para que se oyera bien, de las mujeres que presumen, que se dan tono, y valen menos que las otras. De cuando en cuando soltaba una expresión mal sonante, que hacía el efecto de una bomba estallando entre la dignidad glacial de los viajeros.



Al fin llegaron. Patissot, al apearse del tren, quiso dirigirse inmediatamente hacia lo más agreste del parque, suponiendo que la soledad poética del bosque apaciguaría la iracunda exaltación de su compañera, suavizándola. Pero la exaltó en sentido contrario. Al verse á la sombra de las ramas, al pisar la hierba, se puso á cantar desaforadamente pasajes de ópera, archivados en su cabeza de chorlito; trinando, pasaba del *Roberto* á *Dinorah* y retorcía las frases apasionadas con voz estridente, acentuando mucho la nota sentimental.

De pronto, sintiendo apetito, propuso que fueran á almorzar. Patissot, en espera de las ternuras y de las caricias ansiadas, quiso retenerla. Octavia se disparó:

—Supongo que no me has traído para matarme de hambre y aburrirme, ¿verdad?

Se dirigieron hacia la fonda, Le Petit-Havre, muy cerca del sitio donde se verificarían las regatas.

Octavia encargó un almuerzo interminable, una serie de platos que no acababa nunca. Y mientras preparaban todo aquello—suficiente para un batallón—hizo que la llevasen una lata de sardinas.

Con tal furia se arrojó sobre los pescaditos en aceite, que parecía dispuesta á devorar hasta el envase; pero en cuanto hubo comido un par de sardinas, advirtió que ya estaba satisfecha, que no probaría ni un bocado más y que sólo deseaba ir á ver los preparativos de las regatas.

Patissot, alterado y sintiendo un hambre canina, se opuso á levantarse de la mesa con el almuerzo encargado y sin almorzar. Ella se fué diciendo que á los postres la esperara; y el oficinista comió solitario, silencioso, preocupándose inútilmente de su pasado ensueño amoroso, cuya realización era muy difícil teniendo que vencer las impetuosidades y las indiferencias de aquella hembra rebelde.

La moza no volvía, y Patissot, aburrido ya de tan larga espera, se decidió á salir en su busca.

Octavia se había incorporado á un grupo de amigos, bateleros de afición, que iban casi desnudos y, sofocados, encendidos, gesticulaban junto á la casa del constructor de botes Fournaire, discutiendo acaloradamente las condiciones del concurso.

Dos caballeros de apariencia respetable — sin duda jueces de las regatas—les oían con agrado.

Al ver llegar á Patissot, la moza, que se apoyaba

en el brazo robusto y negro de un amigo—de un joven que tendría sin duda más desarrollado el bíceps que las circunvoluciones cerebrales—acercan-



do sus labios á la oreja de su acompañante, pronunció algunas palabras.

El batelero limitóse á responder:

—Comprendido.

Y Octavia corrió hacia el oficinista, risueña, con la mirada retozona, casi amante.

-Quisiera dar un paseo en lancha por el río-insinuó.

Muy satisfecho al verla tan amable y asequible, Patissot accedió inmediatamente al nuevo capricho y fué á tomar un bote.

Pero la moza negóse obstinadamente á ir hacia donde se corrían las regatas, á pesar del empeño de Patissot.

—Me agrada más un sitio solitario, sola contigo, imi vida!

Un estremecimiento sacudió todas las fibras del empleado. Quitóse la levita y se puso á remar con alma.

Un molino vetusto, cuyas ruedas carcomidas ya no hundían sus paletas en el agua, cubría con sus dos arcos un estrecho brazo del río. Atravesaron lentamente y descubrieron al otro lado un retiro apacible y encantador, á la sombra de árboles que unían sus copas formando una especie de bóveda. El estrecho brazo de agua revolviéndose, formaba curvas y recodos infinitos y ofrecía sin cesar horizontes nuevos, anchas praderas á un lado, y al otro una colina cubierta de jardines y casas de recreo. Pasaron frente á un balneario casi escondido en la enramada, un delicioso escondrijo campestre, donde algunos caballeros muy enguan-

tados junto á varias señoras primorosamente acicaladas, ofrecían todo el ridículo encogimiento de los elegantes en el campo.



La moza lanzó un grito de alegría.

—¡Nos bañaremos! ¡Ahí nos bañaremos después!

Más adelante quiso hacer alto en una especie de bahía.

-Ven, acércate, chacho mio; acércate mucho á mí.

Echándole al cuello los brazos, apoyó la cabeza en un hombro de Patissot, balbuciendo:

—¡Qué gusto! ¡Qué bien estoy asi! ¡Qué alegría siento! ¡Qué deliciosa es el agua!

Patissot hallábase por completo sumergido en un baño de felicidad, y radiante de gozo, pensaba con lástima en los bateleros idiotas que, incapaces de sentir el encanto, la frescura penetrante de los remansos á la sombra de los árboles, van siempre sofocados y sudorosos, embrutecidos por el esfuerzo que realizan, desde la barraca donde almuerzan á la barraca donde comen.

Tan deliciosa placidez le adormeció; y al despertar... estaba solo. Llamó á su compañera; nadie le respondía. Inquieto, azorado, encaramóse á lo más alto de una roca para descubrir un buen trozo del río, queriendo investigar, temoroso de una desdicha.

Y, á lo lejos, dirigiéndose hacia él, descubrió un esquife diminuto, que cuatro remeros agita-

dos y enrojecidos hacían avanzar como una flecha.

Luego vió á una mujer que manejaba el timón... ¡Cielos!... Parecía... ¡Ella!

Octavia iba cantando una barcarola con voz desafinada y al compás de los remos. Al pasar cerca de Patissot interrumpió su copla, y tirándole un beso le gritó:

-¡Que te diviertas, mamarracho!